



Semana del 26 de agosto al 1 de septiembre de 2018. DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

“Si eres el Pan de vida eterna; si sólo tú tienes palabras de vida eterna, ¿quién no acudirá a ti, Señor?”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Jos 24,1-2a.15-17.18b: “Nosotros serviremos al Señor: ¡es nuestro Dios!”

Salmo: 33,2-3.16-17.18-19.20-21.22-23: “Gustad y ved qué bueno es el Señor”.

2ª Lectura: Ef 5,21-32: “Es éste un gran misterio; y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia”

Evangelio: Jn 6,60-69: “¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna”

Monición: El discurso del Pan de Vida, no sólo fastidió a los fariseos, a los maestros de la Ley y a los principales de entre los judíos: también algunos discípulos decidieron abandonar el camino después de oírlo. Jesús les pregunta a los más cercanos: “¿quieren marcharse también ustedes?”

Del Santo Evangelio según San Juan (Jn 6,60-69)

+++ Gloria a Ti, Señor

Al escucharlo, cierto número de discípulos de Jesús dijeron: “¡Este lenguaje es muy duro! ¿Quién querrá escucharlo?” Jesús se dio cuenta de que sus discípulos criticaban su discurso y les dijo: “¿Les desconcierta lo que he dicho? ¿Qué será, entonces, cuando vean al Hijo del hombre subir al lugar donde estaba antes?”

El espíritu es el que da vida, la carne no sirve para nada. Las palabras que les he dicho son espíritu, y son vida. Pero hay entre ustedes algunos que no creen.” Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién lo iba a entregar. Y agregó: “Como he dicho antes, nadie puede venir a mí si no se lo concede el Padre.” A partir de entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y dejaron de seguirle.

Jesús preguntó a los Doce: “¿Quieren marcharse ustedes también?”

Pedro le contestó: “Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.”

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

El domingo anterior habíamos escuchado un discurso del Señor presentándose Él mismo, como el Pan Vivo bajado del cielo, y anunciando que aquel que no comiera de ese Pan, no tendría parte en el Reino de los Cielos.

El Señor les había dicho: “**mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.**” (Jn 6,55). Sin lugar a dudas, había sido un discurso durísimo, sobre todo para aquellos que no comprendían el sentido espiritual de sus palabras. No captaron el significado de la frase “Pan Vivo”, ni se preguntaron cómo podrían sentarse a comer la carne de ese hombre, y que él siguiera vivo. Como sucede demasiado hoy, se quedaron en las formas.

Este domingo vemos la culminación de ese discurso, con el que muchos de los presentes se sintieron ofendidos, desconcertados y hasta aterrorizados. Por eso Jesús les aclara ahora: “**El espíritu es el que da vida, la carne no sirve para nada. Las palabras que les he dicho son espíritu, y son vida**”, con lo que al menos procuraba explicarles claramente el tipo de lenguaje que había utilizado: un lenguaje espiritual.

Sin embargo, muchos de los que se llamaban “discípulos”, según dice el Evangelio, dejaron de seguirle. Esto no fue ninguna sorpresa para Jesús, puesto que Él ya sabía quiénes iban a abandonarlo, y Juan nos aclara incluso que sabía “quién lo iba a entregar”.

Hoy en día, hay muchas cosas que no entendemos. Hay muchas preguntas sin respuesta del mundo. Hay necesidades que vamos postergando, tentaciones en las que vamos cayendo con asiduidad, perdones que no llegamos a brindar, o a pedir... Ayudas y auxilios que nunca llevamos a cabo... En fin, estamos rodeados de situaciones y cosas que no son de nuestro agrado, o que no entran en nuestra lógica, pero ahí están.

El verdadero problema se plantea en los momentos en los que es necesario decidir si seguimos a Cristo y su enseñanza, o si preferimos echar pié atrás y abandonar a Jesús, el Pan Vivo que nos alimenta y nos da vida en abundancia.

El camino de la salvación, necesariamente tiene que pasar por la Cruz. Está lleno de situaciones que no nos agradan, que nos molestan, incluso, que nos lastiman de verdad, circunstancias en las que nos encontramos sumidos en una lucha tenaz, entre nuestras inclinaciones humanas y la fe en Cristo, que siendo el Pan Vivo, se nos muestra como



humilde Hostia en el altar.

¿Qué podemos hacer entonces? Jesús pareciera ponernos aún otro obstáculo: **“Como he dicho antes, nadie puede venir a mí si no se lo concede el Padre”**, ¿Cómo debemos hacer para que el Padre, en su infinita grandeza, baje su mirada hasta nuestra pequeñez y se decida a acercarnos a Jesús...?

Felizmente, también esto nos lo explicó Jesús, en la lectura que ya tantas veces les insistimos, pidiendo que hicieran juntos en la Casita de Oración ¿lo recuerdan...? Leemos específicamente en Juan 17,22-23: **“Yo les he dado la Gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí. Así alcanzarán la perfección en la unidad”**.

Lo primero que debemos entender es que, si estamos ya aquí, en la Iglesia, formando parte de un Apostolado, es porque el Padre ya ha puesto los ojos en cada uno de nosotros... pero el secreto para **avanzar y perseverar** en este camino está en la VERDADERA unidad, en mantenernos todos juntos y unidos a Cristo, que está en unidad total con el Padre y el Espíritu Santo. La bondad de Dios nos permite participar ya de la Divinidad completa, manteniéndonos en Cristo.

El “instrumento” necesario para permanecer en Cristo es **la oración**, y a su vez la oración parte casi espontáneamente del reconocimiento previo de nuestra debilidad e impotencia, que no es otra cosa que **la humildad**. Por lo tanto, la oración en humildad nos “renueva” el deseo de atender a ese llamado del Padre, que espera por nosotros, y cuando esta oración es hecha en comunidad de fe y amor con otros, los frutos se multiplican.

Hay gente a la que se le da muy fácilmente el convivir con los demás, pero hay muchas personas a las que no; eso es normal. Lo que cuesta mucho, a casi todos, es el tener lazos de amor fraterno con los que piensan diferente. También nos cuesta el cuidar esos lazos en el Señor; es decir, el no “contaminar” a los demás con nuestros malos modos de pensar o nuestros malos sentimientos. Por eso se promueven las divisiones y las facciones, de un lado los unos y del otro, los otros, y así no es posible edificar el Reino.

Leamos lo que nos dice San Pablo al respecto: *“Les ruego, hermanos, en nombre de Cristo Jesús, nuestro Señor, que se pongan todos de acuerdo y terminen con las divisiones, que encuentren un mismo modo de pensar y los mismos criterios.*

Personas de la casa de Cloe me han hablado de que hay rivalidades entre ustedes. Puedo usar esta palabra, ya que uno dice: “Yo soy de Pablo”, y otro: “Yo soy de Apolo”, o “Yo soy de Cefas”, o “Yo soy de Cristo”. ¿Quieren dividir a Cristo...?” (1Cor 1,10-13).

El tercer ingrediente indispensable (junto a la oración y a la humildad), para poder permanecer unidos a Cristo y en Cristo, es **la obediencia**, sin la cual sobreviene siempre el caos y la desunión, pues cada uno tiene, naturalmente, un punto de vista distinto al de los otros, y si cada quien decide actuar solamente conforme a su voluntad y su manera de ver y de hacer las cosas, la unión común (o comunión) es imposible.

Es por esto que la vida de Apostolado no es otra cosa, en el fondo, que una “Escuela de oración, de humildad y de obediencia”... Cuando falta cualquiera de estos tres ingredientes, todo se desmorona.

Por último, conviene analizar la pregunta que hace el Señor a sus apóstoles: *“¿Quieren marcharse también ustedes?”*

En primer lugar, podemos imaginar el tono en el que el Señor les hizo esta pregunta, pensar en cómo estaba Su Corazón: seguramente dolido en extremo al ver que muchos de sus discípulos abandonaban el camino con tanta facilidad.

Seguramente que ese sentimiento se alimentó también al saber, como Dios que era, que tantos hombres y mujeres se irían perdiendo uno tras otro, a lo largo de los años, sin detenerse a meditar o tratar de entender lo que Jesús les explica o les ofrece.

Luego, vemos que la pregunta no fue hecha a todos los que habían oído su “discurso” acerca del Pan de Vida, sino únicamente a los apóstoles, a aquellos hombres elegidos, a aquellos que ya habían caminado un tiempo con Él, que habían disfrutado junto a Él muchos atardeceres alrededor del fuego, que habían compartido horas de andar por los



caminos, muchas pláticas, hambres y cansancios: “**¿Quieren marcharse ustedes también...?**”

Hoy vemos con mucha pena cómo, en todo el mundo, se va propagando la cultura de la muerte y el ateísmo práctico... Vemos cómo cada día se unen más y más personas a estas corrientes, presas del inmediateísmo, del placer fácil, del individualismo y la evasión, y resuena en nuestros oídos la misma pregunta: “¿Quieren marcharse también ustedes...?”

La tarea de evangelizar, de llevar la Palabra de Dios a la sociedad, es cada vez más difícil, ahora que hasta se gestan leyes que “bloquean” a Jesús por todas partes. Entonces Él nos pregunta: “**¿Quieren marcharse también ustedes...?**”

Vemos a nuestros niños dejando pasar hora tras hora metidos en las redes sociales y en nuevas sociedades virtuales, en las que la mayor parte de lo que se intercambia es basura, estupidez y vicio, mientras sigue resonando en nuestros corazones la pregunta: “**¿Quieren marcharse también ustedes...?**”

Las crisis de todo tipo: económica, moral, familiar, de participación social, de compromiso... nos jalan día tras día, para convertirnos en “números del estado”, abandonando todo sentido de **comunidad**, todo deseo de compartir, de cobijar o de ayudar, y vuelve a sonar la pregunta de nuestro Amigo lastimado: “**¿Quieren marcharse también ustedes...?**”

“Pero es que yo no estoy de acuerdo...”, “Pero es que a mí se me hace injusto...”, “Pero es que yo creo...” (Otra vez “yo”, “mí”, “yo”)...

Pues si nos mantenemos en oración, si nos esforzamos por practicar la humildad y la obediencia; si nos alimentamos más frecuentemente con el Pan Vivo bajado del cielo, si nos esforzamos por mantenernos unidos, por recibir y compartir la luz de la Palabra (no las insidias), si servimos en la mesa de cada día, el alimento del cuerpo junto con el del alma, entonces el Padre Eterno nos llevará a decirle a Jesús, llenos de paz y de gozo, aún en medio de la tribulación, las palabras que hoy le dice Pedro: “**Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios**” y así viviremos. felices y en santa paz, el tiempo que nos quede en esta Tierra, dando abundante fruto, para gozar posteriormente de la Vida Eterna junto a Él.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

- a) ¿Está mi fe firme y segura, frente a los problemas que aparecen para mi labor apostólica, o mantengo como una amenaza, por allí escondida o latente, mi deseo de abandonarla, si las cosas dejan de gustarme o me incomodan más?
- b) Cuando veo alguien que está a punto de abandonar el trabajo, ¿lo apoyo con mi oración, mi ayuda y mis consejos?
- c) ¿Qué clase de discípulo soy yo? ¿Trato de aprender cada día en la escuela de Jesús, de recibir su enseñanza...?
- d) ¿Antepongo las necesidades de los demás a mis intereses, caprichos y deseos personales, o busco la forma de justificar siempre el hacer lo que yo quiero y como yo quiero...? ¿Pienso más en mí que en los demás?
- e) ¿Corrijo con amor y firmeza a mis hermanos que están equivocados, aunque ellos tengan más jerarquía o “poder” que yo, o me quedo callado por evitar problemas, viendo cómo se hacen daño, lastiman a otros o perjudican la Obra? ¿Permito que me corrijan a mí, y trato de prestar atención a las observaciones que me hacen, o la soberbia me traiciona y me molesto cuando alguien trata de aconsejarme?
- f) ¿Qué clase de discípulo soy? ¿Me intereso por aprender más sobre la Palabra de Dios y de seguir sus pasos?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen sus opiniones. Se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo: Cánones: 108, 124, 1970, 1336

108 Sin embargo, la fe cristiana no es una “religión del Libro”. El cristianismo es la religión de la “Palabra” de Dios, “no de un verbo escrito y mudo, sino del Verbo encarnado y vivo” (San Bernardo). Para que las Escrituras no queden en letra muerta, es preciso que Cristo, Palabra eterna del Dios vivo, por el Espíritu Santo, nos abra el espíritu a la inteligencia de las mismas (Lc 24,45).

124 “La Palabra de Dios, que es fuerza de Dios para la salvación del que cree, se encuentra y despliega su fuerza de modo privilegiado en el Nuevo Testamento”. Estos escritos nos ofrecen la verdad definitiva de la Revelación divina. Su



objeto central es Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, sus obras, sus enseñanzas, su pasión y su glorificación, así como los comienzos de su Iglesia bajo la acción del Espíritu Santo (Cfr. DV 20).

1970 La Ley evangélica entraña la elección decisiva entre “los dos caminos” y la práctica de las palabras del Señor; está resumida en la regla de oro: “Todo cuanto quieran que les hagan los hombres, háganselo también ustedes a ellos; porque ésta es la Ley y los profetas. Toda la Ley evangélica está contenida en el “mandamiento nuevo” de Jesús: amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado” (Cfr. Jn 15,12).

1336 El primer anuncio de la Eucaristía dividió a los discípulos, igual que el anuncio de la pasión los escandalizó: “Es duro este lenguaje, ¿quién puede escucharlo?” (Jn 6,60). La Eucaristía y la cruz son piedras de tropiezo. Es el mismo misterio, y no cesa de ser ocasión de división. “¿Quieren marcharse también ustedes?” (Jn 6,67): esta pregunta del Señor resuena a través de las edades, como invitación de su amor a descubrir que sólo Él tiene “palabras de vida eterna” (Jn 6,68), y que acoger en la fe el don de su Eucaristía es acogerlo a Él mismo.

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM-34 Debe quedar muy claro que si el hombre al comulgar está pensando en su vestido, se encontrará siempre miserable, y tan miserable, que si Yo no lo detuviese, podría alejarse de Mí a raíz de su miseria. En efecto, ¿quién puede presentarse a recibir a su Dios en estado de dignidad absoluta? Nadie. Debe bastarles la dignidad relativa que les confiere Mi Gracia; lo demás, si lo buscan, proviene de soberbia ciertamente, no de amor. Por eso, enseñen a las almas que vengan a Mí humildes y confiadas. Que no sean lentos sino veloces, que no duden ni siquiera un instante, porque también a ellos, como a Pablo, les basta Mi Gracia.

CA-92 Por eso, reflexionen bien en su condición y recaben el fruto de Mi Sabiduría reconociendo su fragilidad, más aún: su impotencia... No quiero que pequen de fanfarrones como Pedro, cuando Pedro cortó la oreja de Malco, sino que su fe sea leal y ardiente como la del primer apóstol cuando Me dijo: “¿a quién iremos?, tú sólo tienes palabras de vida; Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”. Deben imitar a Pedro porque Mi elección ha caído sobre él, no por casualidad: todo lo que Yo hago tiene siempre su gran importancia.

7.- Virtud del mes: Durante este mes, practicamos la virtud de la **Prudencia** (CIC: 1806-1835-1906-1805-1787-1788) **Esta Semana veremos el canon 1805, que dice lo siguiente:**

1805 Cuatro virtudes desempeñan un papel fundamental. Por eso se las llama “cardinales”; todas las demás se agrupan en torno a ellas. Estas son la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. “¿Amas la justicia? Las virtudes son el fruto de sus esfuerzos, pues ella enseña la templanza y la prudencia, la justicia y la fortaleza” (Sab 8,7). Bajo otros nombres, estas virtudes son alabadas en numerosos pasajes de la Escritura.

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CM-4 Quiero que profundices en todo esto, el amor es una comunión en la cual la caridad se permite ser obtenida por mi bondad. Amor es gentileza, fuerza, gracias humildes, porque el amor mantiene guardia alerta sobre todos los sentidos. El amor es casto y sensato por la unión de su fidelidad. El amor es prudente, valeroso, paciente, sufriente y perdurable: Yo Soy el Amor.

8.- Propósitos Semanales:

Con el Evangelio: Si en la Sagrada Biblia existe algún pasaje que me escandaliza, buscaré el asesoramiento de algún sacerdote o hermano más experimentado, para que me explique su significado en vez de mantenerme con mis dudas.

Oraré frente a Jesús Sacramentado, pidiéndole que me haga más humilde y más obediente, que refuerce en mí el Espíritu de Oración; que aumente mi Fe.

Con la virtud del mes: Esta semana meditaré sobre el amor verdadero, compararé el amor que me da Jesús con el amor que yo doy a los demás, comenzando con mi familia y mis hermanos en el Apostolado.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse brevemente a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o para la Iglesia en general.*